

Hernán del Solar

Escaparate editorial chileno 1941



UBO un tiempo en que el escritor, terminadas unas cuartillas, las guardaba en su bolsillo y salía a la calle. A veces, era fácil huirle. Desde lejos se le conocía, porque el sombrero, la melena y la corbata se habían echado encima la responsabilidad de anunciarle. Otras veces, de improviso, cualquiera caía entre sus manos. Entonces era el momento oportuno para invocar el socorro de la paciencia. El escritor desdoblaba sus papeles y comenzaba la lectura. En torno, la mañana o la noche, poco importaba. Lo primero era leer y que alguien oyera todo aquello.

Porque, decididamente, nadie es escritor para amontonar páginas desconocidas en los cajones. Cierto es que las Memorias de las señoritas sentimentales se avienen con semejante destino. Pero, ¿quién puede señalar ahora, entre sus recuerdos, a la señorita sentimental que encarpeta lo que escribe y guarda su historia para el ocio más íntimo? El verso se encarga de todas las indiscreciones, y ya sabemos que el verso no se tranquiliza sino cuando trepa en un volumen con muchas páginas en blanco.

Así, pues, el escritor vivía ansioso. Sencillamente, no tenía editor. Y esto es tan lamentable como el volverse pez, por rara maravilla, y no contar con agua donde ir perfeccionando el ejercicio de las aletas. La imagen es inadecuada, claro está, pero

¡vaya uno a buscar imágenes precisas para el conocimiento de lo trágico!

De repente, el editor apareció diciendo que era un industrial. Se le creyó como a los niños cuando se convierten en Julio César. Los libros se compran, por casualidad, en una librería que vive de los lápices y los cuadernos, y en seguida se prestan hasta que se les caen las páginas en que el marqués besa a la campesina. ¿Era posible reunir máquinas y obreros para hacer libros, como si se tratara de erizos en conserva?

El editor instaló sus máquinas, agrupó a su gente, y—como los tiempos eran propicios—se lanzó en la aventura. Es decir, se hizo pirata. Era el período de la audacia y el riesgo. Su narración puede ocupar tantas páginas como, si se es prolijo, exigen las hazañas de Francis Drake.

Las características de esta primera etapa se resumen sin dificultad, desperezando la memoria. Había ante todo, la abundancia. El libro que aparecía en las primeras horas de la mañana no era sino el lazarillo de la columna innumerable que, durante el día, echaba a andar. Todos tenían la negligente presencia de los pordioseros. No exigían al lector sino una vista aguda y el desamor de las palabras. Porque éstas, en tipos cojos y entecos, se colocaban donde podían, y—llegada la ocasión—se fugaban. A ratos podía culparse al cajista, desatento y precipitado; pero a menudo no había otro culpable que el traductor. Pues ocurre que el traductor era el puntal más sólido del editor pirata. Era el héroe de los abordajes. Sabía dismantelar las obras extranjeras con una cautelosa maestría. Desterrado de todos los idiomas, encontraba refugio ante una máquina de escribir en jerga oscura.

Pero el público empezó a leer. De libro en libro, fué deseando mayores comodidades. Quiso mejor papel, clara tipografía, idioma limpio. Entonces los editores—porque en un principio fueron numerosos—se prepararon para el período nuevo que se avecinaba. Se entabló entre ellos esa lucha que—

como todas las que se conocen—únicamente iba a dejar vivos a los más fuertes. Se escogió papel, se eligieron tipos que no poseyeran una particular enemistad para los ojos, se le dió al libro un atavío que ya nada tenía que hacer con el de los almanaques que intentan vender los ciegos.

Hubo algo más: se comenzó a pagar derechos a los autores. ¡Adiós atrevido tiempo de la piratería!

Esto de pagar sus derechos al escritor era cosa seria. Traía como consecuencia, la necesidad de hacer una selección de las obras. En seguida, había que examinar un poco a los traductores. Empezaron a desaparecer los adivinadores del francés, del inglés y del alemán, que mientras procuraban adivinar estas lenguas se quedaban sin energía para hacer lo mismo con la propia.

Editores que no pudieron seguir por este camino, cerraron sus puertas. Los más fuertes continuaban. La competencia se establecía dentro de los límites de la honestidad.

Entretanto, el libro chileno, que había salido en aventuroso viaje por América, conquistaba amigos. Y como cada día estaba aprendiendo a hacerse más amable se buscaba su compañía. Aumentaban los lectores. La industria del libro se convertía en una de las más hermosas y plena de posibilidades.

Tiempo era ya de que se la protegiera. Los editores no pedían sino que se liberara de derechos la internación del papel que necesitaban para una buena presentación de sus libros. Pero escrito estaba que el editor había montado una industria desvalida. Se desoyó esta solicitud. El papel extranjero siguió pagando lo que se le exigía, mientras el libro venido de otros países—competidor, casi siempre, del nuestro—no encontró obstáculo alguno.

Esta es una historia que se escucha con indiferencia, desgraciadamente. La guerra acude ahora a decir la última palabra.

A pesar de todo, el libro hecho en Chile continúa recorriendo América. Los editores mantienen su iniciativa. La competencia extranjera es cada vez, dentro y fuera del país, más extendida e intensa. Pero no se ha de desmayar. Acaso en un momento de buen humor, se juegue siquiera a los dados el destino editorial chileno.

UN AÑO DE TRABAJO.

Cuatro grandes editoriales prosiguen animosamente la tarea. Hay editores, ¡que hacerle!, que al mal tiempo le ponen buena cara.

Cultura, Ercilla, Nascimento y Zig-Zag. Estos cuatro nombres definen nuestra actividad productora de libros. Hay otros que asoman y desaparecen; pero estos cuatro—y Orbe, en los meses últimos—son los que imprimen su sello en cuanto volumen de algún valor anda con un «hecho en Chile» por las ciudades americanas.

Para que se advierta el esfuerzo de estas casas editoras, basta coger el catálogo de cualquiera de ellas. Obras de todos los géneros, de todas las tendencias, de todos los tiempos, y cada vez más cuidadosamente presentadas, hasta el punto que muchas pueden competir con las mejores que el editor de fuera publica. Acerca de esto se puede insistir, sin que haya engaño, aunque arrugue el ceño aquel que sólo conoce, de los libros, unos cuantos títulos escuchados en la sobremesa.

Conviene reparar en el trabajo de nuestras editoriales. Un año de labor—1941—puede informar debidamente. Haremos, pues, una reseña de la producción, refiriéndonos a las principales obras aparecidas.

Indudablemente, existe cierta heterogeneidad en esta producción; pero, dentro de ella, puede diseñarse, más o menos, la especialidad que distingue a cada una de las editoriales mencionadas: Ercilla da una visible preferencia a los autores

americanos, del pasado y del presente; Zig-Zag impulsa, con acierto indudable, la literatura infantil; Nascimento acoge, más que otro alguno, a los escritores nacionales, en especial a los poetas; Cultura, que actualmente ha aminorado su ritmo productor, sostuvo largo tiempo las publicaciones destinadas al estudio de las ciencias esotéricas.

Lo que decimos no es una tentativa de demarcación, que sería inexacta, pues la línea que traza el contorno de la faena de cada una de estas editoriales tiene una amplitud mayor que la insinuada. Sin embargo, un examen de los títulos que a cada cual corresponden permite que la especialización que hemos indicado sea, como un telón de fondo, advertida con alguna claridad.

TRES GRANDES OBRAS AMERICANAS.

Sobresalen tres libros, entre los que deseamos señalar: *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría, *Los Comuneros*, de Germán Arciniegas y *Chile o una loca Geografía*, de Benjamín Subercaseaux. El primero y el último los ha publicado Ercilla; el de Arciniegas, Zig-Zag.

El mundo es ancho y ajeno, del peruano Alegría, obtuvo el primer premio,—como todos recuerdan—en el Concurso Latinoamericano de Novelas. La edición inglesa—*Broad and Alien is the World*, traducción de Harriet de Onis—revela en estos momentos al público norteamericano a uno de los más recios valores de la literatura contemporánea continental. Este libro denso, vigoroso, transcribe la angustia desamparada del indio, despojado de sus tierras, sometido a la persecución del blanco. La acción transcurre por entre la desventura y la esperanza de la comunidad indígena de Rumi, sabiamente dirigida por Rosendo Maqui, uno de los tipos más admirables de cuantos poseen auténtica vida en la novela de América.

·*Los comuneros*, del colombiano Arciniegas, libro de una cuidada prosa, reconstruyen a través de numerosos cuadros la historia de su pobre destino. Aquí también aparece el aborigen perseguido por la avidez. Pero no se trata ya de una novela, sino de la documentada narración de la vida y la muerte de aquellos que, al rebelarse contra el español que les condenaba, con sus extorsiones, a una desesperada miseria, fueron los precursores de nuestra emancipación. Libro de un colorido asombroso, en que la verdad histórica se desenvuelve al amparo de una imaginación disciplinada.

Chile o una loca geografía, del chileno Subercaseaux, ha merecido dos premios: el Municipal y el Atenea. Actualmente, está por aparecer la tercera edición. Es decir, el buen éxito de la obra supera al que, de costumbre, obtienen los escritores nacionales cuando la suerte no les abandona. Lo tiene merecido este ensayo en que se unen la observación certera, el estilo sobrio y elegante, el hondo conocimiento de las cosas y de los hombres. Subercaseaux, que ha residido largos años fuera de Chile, regresa de pronto y siente con extraordinaria fuerza la revelación de todo lo chileno. Mientras la mayor parte de nuestros escritores fija su atención en determinado aspecto de nuestra vida, y el que mira el llano y su habitante desatiende la ciudad—y aquí diremos el viceversa inevitable—, Subercaseaux capta magistralmente el conjunto. Monte, llanura, mar, y cuantos en ellos permanecen, con sus costumbres, sus vicios, sus caracteres, sus reciedumbres y debilidades, en estas páginas están concienzudamente analizados. Porque este libro no es otra cosa que el análisis plenamente logrado en lo íntimo y externo del chileno y su tierra. El examen sagaz termina en una síntesis que muestra con exactitud el perfil de nuestro espíritu.

OTRAS OBRAS AMERICANAS.

Dos norteamericanos intentan encerrar en gruesos libros el presente y el porvenir de la América del Sur, después de echar una ojeada por su pasado. El uno, Carleton Beals, en *América ante América* (Zig-Zag); el otro, Samuel Guy Inman, en *El destino de la América Latina* (Ercilla). Ambos suelen seguir a menudo un método que el norteamericano parece haber forjado especialmente para llegar a conocernos: estadística no siempre comprobada, información que anda de aquí para allá muy de prisa, juicio de industrial activo para la conducta del perezoso. No obstante, junto a todo esto, una buena voluntad que sonrío en inglés un poco áspero.

Pero ya tenemos delante otro volumen que nos solicita: *La arquitectura colonial en el virreinato del Perú y en la Capitanía general de Chile*, del arquitecto chileno Alfredo Benavides Rodríguez. Ante todo, la presentación de esta obra—sello Ercilla—pide al buen amigo del libro que se detenga un instante. Aquí el editor ha hecho, sin duda, un esfuerzo que sobradamente se tiene merecido el elogio. Papel, tipografía, nitidez de los grabados, todo contribuye a que el lector se sienta alegremente dispuesto a penetrar en el estudio que Benavides Rodríguez ha dedicado a los orígenes y desarrollo de la arquitectura en dos países americanos. El tema es importante, obliga a una documentación seria, prolija. El autor demuestra, de principio a fin, que lo domina y el buen gusto es un compañero cordial que le ha animado en la faena.

ENSAYO, CRÍTICA, CRÓNICA.

El libro de actualidad, ese que los editores lanzan con una faja de color, que es como una clarinada, abunda siempre. El escritor que vive con los ojos clavados en lo de afuera, no pierde uno solo de los espectáculos sensacionales que el mundo

le proporciona. Mira, entrevé y escribe. El editor entrega las cuartillas al taller, recomendando velocidad. Y el público se entera después de muchas cosas que le sirven para enhebrar, de cuando en cuando, una charla callejera más o menos entretenida.

A veces, estas obras tienen el subtítulo de panorama sintético, lo que no suena del todo mal. Pero de éstas, precisamente, no nos ocuparemos.

Las editoriales chilenas han publicado buenos ensayos actualísimos. Por ejemplo: *Civilización americana*, de Bernard Fay, el libro que desentraña todos los secretos de la vida de los Estados Unidos; *Nuestra América y la guerra*, de Manuel Seoane, visión clara de los peligros que amenazan al continente y de los medios de conjurarlos. Dos libros que llevan el sello Ercilla.

Otros tres se ocupan de la derrota de Francia: *J'accuse*, por André Simon (Zig-Zag); *Francia después de la derrota*, por André Morize (Ercilla); y *A través del desastre*, por Jacques Maritain (Ercilla). El primero se caracteriza por la decisión del ataque contra aquellos a quienes el autor considera traidores a su país; el segundo, por la amargura ante los hechos consumados y la esperanza de resurgimiento; el último, por la serenidad del análisis que conduce a las verdaderas causas de la caída de Francia.

Pero veamos otros libros en que la inmediata actualidad no asome su rostro ansioso. La filosofía nos alarga algunos volúmenes: *Pláticas filosóficas*, por Hans Lindemann (Zig-Zag), pensador alemán que, al revés de algunos colegas suyos bastante célebres,—como Kant y Spinoza, por ejemplo, decididamente sedentarios—ha viajado por el mundo tan aventurera-mente como un novelista de habla inglesa. En este libro, aquietado el afán de vagancia, Lindemann reúne a tres amigos—un filósofo, un sabio y un poeta— para que conversen amistosamente acerca de los innumerables problemas que no tienen,

de seguro, una solución satisfactoria únicamente para que el hombre se entretenga buscándola.

Humanismo Integral, por Jacques Maritain (Ercilla) es el otro volumen filosófico que escogemos para recordarle, Maritain es católico y vive descontento. Mira a su alrededor y ve a todos los católicos buscando el equilibrio entre los vaivenes de la época. Las grandes virtudes no están casi nunca con ellos. A veces son oportunistas, o se conforman, pasivos, sin que la angustia de cada día de estos años venga a su espíritu en busca de salvación. Maritain les habla, entonces, y les propone la digna actitud de cooperación que el cristiano debe mantener para que el alma no se extravíe en el duro camino.

Sin embargo, ¿puede la fe ser mantenida? Armando González Rodríguez, en *La crisis de la fe religiosa* (Ercilla), nos confiesa desgarradoramente la aventura de su conciencia. González Rodríguez fué sacerdote, sumió su pensamiento en Dios, y repentinamente advirtió que su pensamiento no poseía Dios. Quiso entonces encontrarlo, y una lucha íntima, cotidiana, le hizo ver que estaba solo, irremediablemente solo, y que en esto reside la grandeza trágica del hombre.

Pero dejemos la agonía del corazón y apenas de paso demos una mirada a *La salvación por los judíos*, de León Bloy, el gran místico francés que Ercilla presenta para que se le admire por recio y por estremecidamente profundo. Busquemos otros libros que no nos opriman. Levantemos con Alejandro Tarragó la mirada a la noche luminosa y en su libro *Exploremos el cielo* (Ercilla), aprendamos a descifrar el cuento realmente extraordinario que las estrellas relatan. Sabremos muchas cosas bellas, casi con la exactitud de los pastores viejos que no tienen otro libro que las alturas, en medio de la soledad que de vez en cuando bala.

Después, un poco de literatura. Aquí tenemos a Ludwig. Ha cumplido sesenta años. Ha escrito muchos libros, buenos y malos. Se detiene un momento y piensa en la felicidad. En

seguida vuelve a escribir. Es su suerte. Abrimos *Sobre la felicidad y el amor* (Ercilla) y encontramos a Ludwig hecho un epicúreo, tras la sesentona experiencia.

Más literatura: *Crónica mínima de una gran poesía*, por Andrés Sabella (Nascimento), sistemática recordación del buen poeta, y del mediocre y el inexistente, con una generosidad que mejor encauzada pudo dar la visión correcta de la evolución de nuestra lírica; *Discursos literarios y notas críticas*, por Juan Agustín Barriga (Nascimento), páginas en que el idioma va bien vestido y no mira a derecha o a izquierda para no descomponerse; *Estudios críticos de la literatura chilena*, por Omer Emeth (Nascimento), cementerio en que perora un hombre inteligente, y no hay Lázaro que le escuche; *Lecturas medioevales españolas*, por Roque Esteban Scarpa (Zig-Zag), selección y estudio de las mejores en que la literatura hispana echa las bases de su riqueza.

HISTORIA, BIOGRAFÍA, VIAJES.

La historia y la biografía se leen ahora con el mismo entusiasmo que se reservaba, en otra época, para los folletines de alta temperatura. Algunos observadores precipitados suelen declarar que ya no gusta la novela y que la gente poco o nada quiere saber de los personajes imaginarios, porque la aventura de los personajes que vivieron y se colaron por la historia, se adueña de toda la atención de los lectores.

No lo creemos, aunque sólo sea para no caer en la precipitación. La buena novela se lee siempre. Y si la historia y la biografía dan la impresión de haberla arrinconado, es simplemente, porque se han vuelto novela.

Acerquémonos a un historiador, sin preocuparnos, por ahora, del tema que insinuamos. Junto a nosotros está el francés Charles Bonnefon, con su *Historia de Alemania* (Ercilla). La nacionalidad del autor puede sugerir algún recelo; pero éste se

disipa apenas iniciada la lectura. Bonnefon ha vivido largos años en Alemania, la admira en todo aquello en que muestra grandeza, y falso sería acusarle de parcialidad. Si, en su obra, la línea narrativa se retuerce, a ratos, la culpa no la tiene Bonnefon, ya que desde los alemanes—o en tiempos más antiguos—hasta los alemanes de este siglo bullicioso, se diría que ha existido el tácito convenio de complicar la historia del país. Así y todo, este libro es una exposición bien lograda de la vida y la voluntad alemanas en el correr de las edades.

Pasemos a otros climas y tendremos, del conde Sforza. *Los italianos tal como son* (Zig-Zag), libro que como todos los de este italiano que ama de veras a su país está nutrido de verdades no siempre risueñas. *Historia de las religiones*, por Denis Saurat (Zig-Zag), compendio del pensamiento religioso de la humanidad desde que el primitivo adoraba a un animal o a una piedra, hasta este día en que Dios se enfrenta con el político y recibe, de súbito, la sentencia de su destierro. La presentación del volumen es inmejorable y la traducción correcta.

Hasta el momento, las biografías han aguardado, quietas, su turno; pero de repente son muy numerosas y levantan la voz. Veamos, pues, a los biógrafos. El primero de todos es un sacerdote, Alejandro Vicuña, escritor que defiende la vigencia de una fórmula conocida: Chile es país de historiadores. Asombra su fecundidad, aunque en 1941 sólo haya publicado dos volúmenes: *Juvenal e Inés de Suárez*, ambos con sello de Nascimento.

Ahora una breve lista, sin comentario; *Francisco Pizarro*, por Rosa Arciniéga (Nascimento); *Enrique Olaya Herrera*, por el colombiano Alfonso Rumazo (Zig-Zag); *Bolívar*, por los norteamericanos Marshall y Crane (Zig-Zag); *Hitler*, por Louis Bertrand (Zig-Zag); *Edison de par en par*, por Alfred O. Tate (Ercilla). *Hombres de ayer, hombres de hoy*, para todos los gustos.

No hemos terminado, sin duda. Otros dos libros esperan que se les señale como se merecen: *Valdivia, el fundador*, por Luis Alberto Sánchez (Ercilla) y *Diego Rivera: su vida, su obra, su época*, por Bertram D. Wolfe (Ercilla). El primero es el homenaje de un escritor peruano al Cuarto Centenario de Santiago. Libro atenido ininterrumpidamente a la verdad histórica, en que el documento está vigilando cada paso del Conquistador, sin que se repare en su presencia. Libro ameno, vibrante, para que Valdivia se entre en la memoria con su astucia, valor y serenidad. El segundo pertenece a un norteamericano, biógrafo y novelista de mano segura en el dibujo y el colorido. Diego Rivera, el excelente pintor mexicano, entrega en estas páginas lo íntimo de su vida y de su arte. El volumen, enriquecido con numerosísimas reproducciones de cuadros, es uno de los más cabales aciertos de su editor.

¿Biografía aun? Sí, pero de otra manera. El personaje biográfico interviene directamente. Se pinta a sí mismo a través de sus cartas, o por entre las páginas mejores que ha escrito. Ercilla se ha creado una colección especial para esta presentación, sin intermediario, y ya se verá que son americanos—o están íntimamente relacionados con América—los hombres y las mujeres escogidos. Demos un vistazo a los títulos: *O'Higgins pintado por sí mismo*, *Portales pintado por sí mismo*, *San Martín pintado por sí mismo*, *Memorias de Lord Cochrane*, *Ideario*, de Alberdi, *Ideario*, de Rodó, *Peregrinaciones de una paria*, por Flora Tristán, *La Conquista de Chile* (Cartas al Emperador Carlos V), por Pedro de Valdivia. Todos pertenecen a la Seria «América» de la colección clásica «Amauta», en la cual Ercilla ha lanzado varios títulos este año.

NOVELAS Y CUENTOS.

La cosecha está lejos de ser escasa. Mucho espacio se necesitaría para mencionar todo lo publicado. Tendremos que se-

leccionar y, para que haya cierto orden, tomaremos separadamente las editoriales.

Nascimento: dos obras de María Luisa Bombal: *La amortajada* y *La última niebla*, anteriormente editadas en Buenos Aires. Una prosista extraordinaria, que con las palabras más usuales empieza a transfigurar el sentido de toda cosa, hasta el punto de que todo lo conocido y cotidiano asoma repentinamente como una revelación. La historia de un árbol que arranca de junto a una ventana, de una mujer que se muere, de lo más simple y menudo, le basta para crear una atmósfera particular en que todo adquiere las significaciones más imprevisitas. Sin duda, aunque algunos se impacienten, estos dos libros se cuentan entre los más bellos de nuestra actual literatura.

Citaremos después: *La sonrisa con lágrimas*, por Daniel de la Vega, escritor que es ejemplo de laboriosidad, y la reedición de *Paralelo 53 Sur*, novela de Juan Marín que ha sido premiada e indica en la carrera de este escritor un avance digno de elogio.

Zig-Zag: *Primavera mortal*, novela romántica del húngaro Lajos Zilahy, escrita con sostenida delicadeza. *Un niño nació judío*, por el polaco, nacionalizado chileno, Efraín Szmulevitz, novelista joven y talentoso que en estas páginas describe el infortunio de una raza perseguida. *Huellas en la tierra*, cuentos del chileno Oscar Castro, uno de nuestros buenos prosistas. *La sucesora*, novela de la brasileña Carolina Nabuco, acerca de cuya acción se ha dicho que la norteamericana Daphne du Maurier, por encontrarla de su agrado, ha ido más o menos calcándola en «Rebeca». Plagiada o no, la obra de Carolina Nabuco tiene un valor auténtico.

En seguida, citemos las traducciones de *Cumbres borrascosas*, la gran novela de Emily Brontë, *La buena tierra*, uno de los más recios y admirables libros de Pearl Buck. *Los rebeldes* y *los vagabundos*, páginas magníficas de máximo Gorki, *La isla*

del tesoro, el libro de R. L. Stevenson que todavía permite a los piratas hacerle una mueca burlona a la muerte. No olvidemos a un boliviano, R. Botelho Gosalvez, que con *Coca*, se presenta a pedir un sitio bien orientado dentro de la literatura continental.

Cultura: Nuevos cuentistas chilenos, por Nicomédes Guzmán, antología en que el joven y celebrado novelista define el cuento de una manera hartó discutible y presenta a buenos, mediocres y malos cuentistas con la actitud del camarada que ahueca la voz y golpetea en el hombro, animadoramente. Lo curioso de las antologías es que ningún escritor que va a entrar en ellas quiere admitir que son algo así como nichos para embalsamados.

Ercilla: On Panta, reedición de uno de los mejores libros de Mariano Latorre, sobriamente escrito, donde la pintura precisa de nuestro campesino y del paisaje en que actúa alcanza su máximo vigor y su más hermoso sentido. *Una novela que comienza*, por el argentino Macedonio Fernández, escritor que llega a la vejez con una filosofía que le hace una seña a la risa para que no se vaya, *Camino de fuego*, del dominicano Andrés Requena, cuya imaginación sabe perfectamente lo que se necesita para que un relato sostenga su interés desde que empieza hasta el final. *Invasión*, por Hendrix Willem van Loon, libro aparecido poco antes de la agresión japonesa a los Estados Unidos, y en que se pinta, con los colores más sombríos de que dispone el autor, el imprevisto intento de destruir las principales ciudades norteamericanas por medio de intensísimos bombardeos. El propósito de van Loon es excelente: abrir los ojos de los aislacionistas, exhibir un peligro inminente y dar el alerta más sonoro; pero, por desgracia, van Loon no es un novelista y a nadie convence con su fantasía gesticulante y poco firme.

Kitty Foyle, por Christopher Morley, escritor norteamericano que comienza a adquirir renombre fuera de su patria.

Esta es una de sus mejores obras. El cine, con una propaganda ruidosa, interesó a la gente por los amores de la valerosa Kitty; se repletaron las salas, pero es difícil creer que haya habido espectador capaz de encontrar siquiera mediocre tan infortunada película. A Kitty Foyle, representación acertada de la muchacha yanqui de nuestros días, hay que conocerla en el libro de Morley.

El jardín de las rocas, del griego Nicolás Kazán, poeta, filósofo, novelista, viajero incansable, nos sitúa en el Oriente y nos hace presenciar el formidable choque entre la China y el Japón. Este es un libro en que la realidad no se aparta de las imágenes líricas, de manera que para llegar a ella es indispensable cruzar innumerables decoraciones que con su colorido van creando la sensación de lo misterioso e inaprensible.

La fosa común, cuentos de Henri Troyat, escritor que obtuvo el premio Goncourt con su novela *La araña*. En esta obra, Troyat es realmente dadivoso. A manos llenas entrega la fantasía, la frescura, el ingenio.

POESÍA.

Nacimiento es el editor de los poetas. Apenas si les da tiempo a los otros para que, de cuando en cuando, consigan alguno. Ya lo veremos más adelante.

Principiemos por las antologías, que se empecinan en colmar de extremo a extremo los anaqueles del librero. Las hay de todos los calibres. Veamos las mejores.

Poesía del amor español, por Roque Esteban Scarpa (Zig-Zag). Acaso sea imposible realizar un trabajo de este género con mayor conciencia, conocimiento y buen gusto. Roque Esteban Scarpa, poeta y prosista muy actual, no concede entrada, sin embargo, un solo instante, en su prosa o su verso, a ese cliché que presume de joven y va tan envejecido ya por las estrofas que a diario vemos, firmadas por éste o aquél de los

contemporáneos, y siempre semejantes y sin autor. Personal, estudioso, ávido del encuentro con la voz propia, Scarpa escribe lo suyo y, paralelamente, reúne en libros muy exactos la producción ajena. Es decir, ha publicado varias antologías; pero ninguna tal vez alcance la perfecta medida de ésta en que acoge los poemas mejores que acerca del amor han escrito los poetas españoles a través de los tiempos.

Antología poética, por Juana de Ibarbourou (Zig-Zag). Basta el nombre de la poetisa. El contenido—, ¡quién lo duda!— es sencillez y ternura y espontaneidad.

Romances españoles, compilación de José Gómez de la Serna (Ercilla). Seguramente, el libro más completo, en su tema, aparecido entre nosotros. El compilador empieza por estudiar el origen y la evolución del romance, después selecciona en la vastísima producción española y americana, y cada vez que le parece necesario comenta, bien informado, los romances que puedan parecer oscuros.

Índice de la poesía panameña contemporánea, por Rodrigo Miró (Ercilla), e *Índice de la poesía centroamericana contemporánea*, por Rafael Heliodoro Valle (Ercilla), dos libros que nos muestran lo que se ha producido y se produce en verso por aquellas tierras. Incuestionablemente, el de Miró es más preciso. El otro, casi de continuo, es como someterse a la tortura de esos viejos «Parnasos», gordos y bobalicones que algún abuelo solía hurgar en horas de aburrimiento.

Terminadas las antologías, cedamos el paso a Huidobro, antes de que Nascimento se acerque con su nutrida lista. Ercilla ha publicado dos importantes libros de Vicente Huidobro: *Ver y palpar* y *El ciudadano del olvido*. En estos volúmenes una honda y ágil poesía vive para crear en la naturaleza, en el hombre, en la vida y en la muerte un latido particular sin semejanzas. Cuanto pertenece al mundo es arrancado de su espacio y de su tiempo medidos, para existir entre leyes nuevas, e inesperadas, límites no sujetos a determinaciones, vastedad

cambiante que no admite otra norma que su movilidad. Dos libros de gran poeta.

Ahora, las mejores obras con sello Nascimento: *Romances de tierra baja*, por Carlos Préndez Saldías, donde el otoño menor se acompaña de felices hallazgos; *Otoño en las dunas*, por Pedro Prado, sonetos de sólida estructura y de grave dignidad de pensamiento; *Baladas criollas*, por Carlos Acuña, uno de los libros más hermosos y perdurables de la poesía chilena de estos años; *Vecindario de palomas*, por Andrés Sabella, obra de una armonía y de una sencillez merecedoras de calurosa alabanza; *Esquinas del viento*, por Mila Oyarzún, revelación de una poetisa que acude a dar luz, aire, dimensión más crecida al recinto en que trabajan las escritoras mirándose vivir y echando, de vez en vez, un vistazo hacia fuera; *Olvido apasionado*, por José María Souvirón, uno de los más bellos y profundos libros poéticos aparecidos entre nosotros, acerca de cuya unidad musical en que el tiempo del amor asila sus diferentes expresiones podría hablarse larga y gustosamente; *Oro de Indias*, por José Santos Chocano, tomos III y IV, volúmenes que guardan para cualquier tiempo la voz de uno de los poetas más representativos de una etapa de la literatura continental.

LITERATURA INFANTIL.

De tarde en tarde aparece en algún diario un artículo quejumbroso que mira hacia los niños y asegura que nada tienen que leer. Se alude vagamente a las publicaciones chilenas destinadas a los niños, se las critica, y se pide a los dioses que escriban e impriman libros para la infancia. Es, indudablemente, un desconocimiento de la realidad. Los niños tienen un editor en Chile, que les conoce y regala. Todos los años publica para ellos numerosos libros, con ilustraciones sencillas y una excelente presentación. Los títulos no son elegidos caprichosamente. Hay selección verdadera, que se ocupa del contenido

moral, artístico y educativo de sus ediciones. Este editor es Zig-Zag. Podemos, en seguida, examinar brevemente las obras principales que ha publicado en un año.

El último grumete de la Baquedano, por Francisco Coloane. Este libro fué premiado en un concurso de obras infantiles a que se presentaron no pocos escritores chilenos. Zig-Zag ofreció buenos premios y Coloane obtuvo el mejor, revelándose como narrador ameno, imaginativo, capaz de dar una intensa vida a sus personajes. Poco después, este escritor triunfó en el concurso del IV Centenario de Santiago, con su magnífica obra *Cabo de Hornos* (Orbe). Se trata, pues, de un autor que, por sus méritos muy visibles, no puede ser desatendido. En *El último grumete de la Baquedano*, relata sencilla y vigorosamente una historia que no sólo a los niños interesa.

Doce cuentos de hadas y doce cuentos de animales, son dos adecuadas obras que firma Damita Duende.

Tres regalos del guegue, por el salvadoreño Hugo Lindo, *La cola del diablo*, por el uruguayo Adolfo Montiel; *El sapo y el Urubú*, por el peruano Ciro Alegría, uno de los más grandes escritores actuales del continente, son leyendas hermosas, adaptadas a la sensibilidad y la fantasía infantiles.

La Araucana, por Alonso de Ercilla; *Maya Abeja*, por el alemán Waldemar Boncels; *Quo Vadis?*, por el polaco Sienkiewicz, son versiones cuidadosamente hechas que ponen al niño en contacto con escritores célebres. *Pinocho*, del italiano Collo-di, les cuenta las famosos aventuras del incomparable narigudo. *Corazón*, de Edmundo d'Amicis, les conmueve con sus relatos vibrantes. *Don Quijote*, y *El Patito Feo*,—libros para colorar—les da a conocer visualmente dos inmortales figuras que se ponen a la mano del niño para que aprenda, sobre ellas, la noción de cuáles colores son amigos y cuáles se tienen declarada la guerra. *Juan y Juanita*, espléndido cuaderno les enseña un poco de aritmética, con un sentido pedagógico encomiable. En suma, no puede hablarse honradamente de que los niños están

abandonados de entretenimientos valiosos para la formación de su espíritu.

Hemos terminado. Entre otras muchas cosas, tres nos interesan ante la concluida ordenación del escaparate: el editor chileno trabaja, es un industrial que se tiene ganada una suerte más propicia; el traductor ha dejado de ser un adivino: el escritor cuenta con alguien de disciplinado aliento para que se sumerja en sus cuartillas.

Lo demás, el tiempo sabrá decirlo.